

agradables á la reina, y envió á buscar al Temple las labores de tapicería, ovillos de lana y agujas que habia dejado María Antonieta. Ocupando sus manos en el trabajo, se distraian los pesares de la reina. Por sí misma preparaba madama Richard los alimentos de la prisionera. Entraba frecuentemente, bajo pretexto de cumplir su cargo, á recomendar á los gendarmes de servicio la vigilancia debida, pero con el solo fin en verdad de informarse de los deseos de la reina, dirigirle palabras de simpatía y esperanza y distraer la soledad del dia y los insomnios de la noche. Le llevaba noticias de su hermana é hijos, noticias que se procuraba por medio de sus conocimientos en el Temple, y transmitia las de la reina á su familia, valiéndose para ello de comisarios de policía con cuya adhesion contaba. El alcaide Richard, aunque más severo en apariencia para ocultar mejor su complicidad, participaba de todos los sentimientos de su mujer, y dividia con ella su solitud para con la régia cautiva.

## XVI

Ignoraba el pueblo la época en que debia juzgarse á María Antonieta. Esta dilacion del comité de salud pública hacia creer que queria engañar la feroz impaciencia del populacho ó debilitarla por medio del tiempo. Algunos municipales formaban secretos complots á fin de procurar la evasion de la princesa, y madama Richard favorecia la introduccion de estos adictos partidarios. Durante sus rápidas entrevistas, distraia sagazmente la atencion de los gendarmes que permanecian en la antecámara. En cuanto á Michonis, individuo de la municipalidad que con riesgo de su vida se habia ofrecido á la régia familia en el Temple, continuaba animado enteramente de iguales sentimientos en la Conserjería. Existen naturalezas generosas que seduce el infortunio y atrae el peligro. Michonis pertenecia á este número, así como Lepitre y Toulan.

Gracias á Michonis, un noble realista llamado Rougeville se introdujo en el calabozo, vió á la reina y le ofreció una flor que contenia un billete. Este escrito, en el que se hablaba de su libertad, fué sorprendido en las manos de la reina por uno de los gendarmes. Michonis fué preso, y los esposos Richard, privados de su empleo, fueron tambien encerrados en los calabozos donde habian dejado entrar la indulgencia. La reina tembló.

Pero todavía se encontró esta vez un corazon generoso para contener los ultrajes con que Hebert y Chaumette ordenaban martirizar á su víctima. Ni una sola mujer pudo hallarse que se prestara á ser instrumento de martirio de otra mujer que en tan elevada cuna se habia mecido, y que en tal desgraciada situacion se encontraba.

Pensóse en dar al feroz Simon la plaza de alcaide de la cárcel; pero Mr. Bault y su mujer, antiguos alcaides de la Force, solicitaron y obtuvieron dicha plaza, con la intencion de dulcificar la cautividad y consolar las últimas horas de su antigua señora. La princesa, que los habia protegido en sus dias de poder, alegróse de encontrar en ellos caras conocidas y corazones amigos.

Madama Bault, á pesar de las órdenes de la municipalidad, que mandaba dar á la reina el pan y agua de los presos, preparó por sí misma sus alimentos. En vez de la fétida agua del Sena, le hizo traer diariamente la cristalina de Arcueil,

que la reina tenia por costumbre beber en Trianon. Vendedores de flores y frutas del mercado, que surtian en otro tiempo las casas reales, llevaban furtivamente á la puerta del calabozo melones, albaricoques y ramilletes, que la esposa del alcaide hacia llegar á la reina como testimonio de la fidelidad del corazon en las más humildes condiciones. Así prestaba el interior del calabozo á la cautiva alguna imágen y fragancia de los jardines que tanto habia amado. Madama Bault, para afectar más rigor é incorruptibilidad en su vigilancia, no entraba jamás á ver á la princesa. Sólo la visitaba su marido, acompañado de los administradores de policía. Estos notaron un dia que se habia colocado una vieja tapicería entre la cama y la pared para preservar á la reina de la humedad del calabozo. Reprendieron por esta tolerancia á Bault, en la que segun ellos se traslucia al cortesano. Este encubrió su fin diciendo que habia tapizado la pared para ensordecer el calabozo é impedir que los demas presos oyesen las quejas de María Antonieta.

La humedad del suelo habia destruido enteramente los dos únicos vestidos, uno blanco y otro negro, que conservó la reina y que llevaba alternativamente. Sus tres camisas, sus medias y sus zapatos, sin cesar empapados de agua, estaban en el propio estado. La hija de madama Bault le componia los vestidos y calzado, y distribuia secretamente como reliquias los pedazos y restos que se desprendian. Esta jóven, introduciéndose todas las mañanas en el calabozo y enterneciendo con su gracia y jovialidad la rudeza de los gendarmes, ayudaba á vestir á la reina, mullia los colchones de su cama y peinaba á la encarcelada. Los cabellos de ésta, en otro tiempo tan rizados y rubios, encanecian y caian de una cabeza que sólo contaba treinta y siete años, como si la naturaleza predijese la brevedad de su vida.

## XVII

La reina escribia con la punta de una aguja en la capa de cal de las paredes los pensamientos que queria retener. Uno de los comisarios, que visitó el calabozo despues de la ejecucion, dió á conocer algunas de estas inscripciones. La mayor parte eran versos alemanes ó italianos alusivos á su suerte. ¡Glorioso y arrebatador destino el de los poetas, prestar su voz á todas las felicidades y á todos los infortunios de la vida, como patentizando que ninguna felicidad ni miseria es completa si no se expresa con esa lengua de la inmortalidad! Las demas inscripciones eran versículos de la Imitacion, los Salmos y el Evangelio. La pared del lado opuesto á la ventana se veia enteramente cubierta. Eran páginas de piedra del libro de su martirio. El comisario quiso copiarlas un dia, pero la inflexibilidad de sus colegas mandó borrarlas al momento con una capa de cal, para que los gemidos de una reina no tuviesen eco en la república.

Los ligeros consuelos del encarcelamiento no pudieron extenderse jamás hasta modificar la desnudez y la oscuridad é incuria de la cárcel. La reina pidió otro cobertor de algodón más ligero que las pesadas mantas de grosera lana que la fatigaban en su sueño. Bault transmitió esta peticion al procurador general de la municipalidad. «¿Qué te atreves á pedir?—le respondió brutalmente Hebert.—¡Por eso sólo merecerias ir á la guillotina!»

El agradecimiento de la reina por tan solícitas atenciones no podia expresarse libremente ante los gendarmes. Intentó dar una vez un rizo de sus cabellos y un

par de guantes á Mr. Bault; pero los gendarmes se apoderaron de estos presentes como sospechosos, y fueron entregados á Fouquier-Tinville, el cual los puso en manos de Robespierre.

La reina buscaba con avidez todos los medios de hacer llegar á sus hijos ó amigos algunas pruebas materiales del recuerdo que conservaba de ellos hasta la muerte. Arrancó, pues, uno por uno los hilos de lana del viejo tapiz tendido junto á su cama, y por medio de dos mondadientes de marfil, transformados en agujas de tapicería, tejió una liga; cuando la concluyó, hizo seña á Bault y la dejó caer á sus piés. El alcaide, fingiendo que se le caía el pañuelo, se bajó para cogerla, y la ocultó así á la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada á su hija despues de su muerte.

En los últimos dias de su encarcelamiento, el alcaide obtuvo, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, que se retirasen los gendarmes del interior y se situasen fuera de la puerta en un corredor, y la reina no tuvo que sufrir desde entónces las miradas, los dichos y ultrajes continuos de sus vigilantes. No tenia más sociedad que la de sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando. Esto no obstante, y á pesar de la continua presencia de dos gendarmes ante su enrejada ventana, adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacian penetrar indirectamente algunas medias palabras hasta los oidos de la reina, y de esta manera supo con anticipacion el dia en que debia presentarse ante el tribunal.

## XVIII

El 13 de Octubre fué Fouquier-Tinville á notificarle su acta de acusacion. Escuchóla la reina como una formalidad de muerte que no merecia el honor de la discusion. Su crimen era el ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado una revolucion que le arrancaba la corona, su esposo, sus hijos y su vida. Para amar la revolucion hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre ella y la república no habia proceso, sino guerra á muerte. La más terrible de las dos imponia penas á la otra. Esto no era justicia, era venganza. La reina lo sabía, la mujer lo aceptaba; ni podia arrepentirse, ni queria suplicar.

Buscó, para cumplir con las formas, dos defensores, Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducoudray. Ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, habian solicitado secretamente tal honor. Buscaban en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario á sus palabras, sino los aplausos de la posteridad. Sin embargo, un resto de instinto vital, que hacia buscar á los moribundos una eventualidad de salvacion, ocupó á la reina todo el resto del dia y la noche siguiente, y halló algunas contestaciones á los interrogatorios que iba á sufrir.

El 14 de Octubre, á las doce, se vistió y peinó con toda la decencia que permitia la sencillez y pobreza de sus vestidos. No intentó hacer gala de los jirones que hubiesen avergonzado á la república, ni pensó en excitar la compasion del pueblo. La dignidad de mujer y reina le prohibian escudarse con su miseria.

Subió, rodeada de fuerte escolta de gendarmes, la escalera del pretorio, cruzó las oleadas populares á quienes tan solemne venganza habia atraído á los pasillos,

y se sentó en el banco de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, ni se veia abatida ni humillada. Sus ojos, rodeados de ese círculo negro que los insomnios y las lágrimas trabajan como lecho del pesar bajo los párpados del desgraciado, lanzaban aún rayos de su antiguo brillo sobre la frente de sus enemigos. No se veia ya la beldad que habia enloquecido la corte y deslumbrado á Europa, pero se adivinaba su existencia. Su boca contris-



El Delin y Simon.—Pág. 118.

tada mostraba la dignidad real, no oculta aún por las huellas de colosales sufrimientos. La natural frescura de su tez del Norte luchaba aún con la lívida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle, y se desarrollaban sobre su cuello como una amarga y precoz irrisión del destino á la juventud y la beldad. Su ademan era natural; no el de una reina irritada insultando con su desprecio al pueblo que triunfa de ella, ni el de una suplicante que intercede por medio de su decaimiento, sino el de una víctima que los prolongados infortunios han habituado á sufrir, que ha olvidado que ha sido reina, que se acuerda solamente de que es mujer, que no

quiere reivindicar nada de su desvanecido rango, ni abdicar nada de la dignidad de su sexo y de su desgracia.

## XIX

La multitud, muda más por curiosidad que por emoción, la contemplaba con ávida mirada. El populacho parecía gozar en ver por fin bajo sus piés aquella altanera mujer, y en medir su grandeza y fuerza en el abatimiento de su temible enemiga. Componíase la multitud generalmente de mujeres que habían tomado por oficio acompañar con sus insultos á los condenados al cadalso. Los jueces eran: Hermann, Foucault, Sellier, Coffinhal, Deliege, Ragmey, Maire, Denizot y Masson. Hermann presidía.

«¿Cuál es vuestro nombre?»—preguntó el presidente á la acusada. «Me llamo María Antonieta de Lorena de Austria»,—respondió la reina. Su débil y conmovida voz parecía pedir perdón al auditorio del poderío de estos nombres. «¿Vuestro estado?» «Viuda de Luis, ha poco rey de los franceses.» «¿Vuestra edad?» «Treinta y siete años.»

Fouquier-Tinville leyó al tribunal el acta de acusación. Era el resumen de todos los supuestos crímenes de nacimiento, de rango y situación de una joven reina extranjera, adorada de su corte, omnipotente sobre el corazón de un débil rey, contraria á ideas que no podía comprender y á instituciones que la destronaban. Esta parte del acta no era más que la acusación de su destino. Eran verdaderos crímenes para sus enemigos, pero eran crímenes de nacimiento. Ni la reina podía absolverse, ni el pueblo acusarla. Lo restante del acta era un odioso eco de todos los rumores y murmullos que durante diez años había sustentado la opinión pública: las prodigalidades, los desenfrenos supuestos y pretendidas traiciones de la reina. Era su impopularidad, traducida en crimen. Escuchó todo, sin dar muestra ninguna de emoción ó sorpresa, como mujer acostumbrada al odio y sobre la que la calumnia había perdido su amargura, y el ultraje su dureza. Sus dedos recorrían distraídos el respaldo del escaño, como los de una mujer que busca reminiscencias sobre el piano. Sufrió la voz de Fouquier-Tinville, pero no la escuchaba.

Los testigos fueron llamados é interrogados. Después de cada deposición interpelaba Hermann á la acusada, la cual respondía con presencia de espíritu y discutía brevemente sus aseveraciones refutándolas. El solo mal de esta defensa era la misma defensa.

## XX

Varios de los testigos, arrancados de las cárceles en que estaban detenidos, le recordaron días más felices y se enternecieron al ver á la reina de Francia en tanto abatimiento. De este número fueron Manuel, acusado de humanidad en el Temple, de cuya acusación se honró, y Bailly, que se inclinó con más respeto ante la caída de la reina que lo había efectuado ante su poder. Las respuestas de María Antonieta no comprometieron á nadie. Ofrecióse sola al odio de sus enemigos y cubrió generosamente á sus amigos. Todas las veces que se pronunciaron en los debates del proceso los nombres de la princesa de Lamballe ó la duquesa de Polignac, obje-

tos de su mayor ternura, se notó en ella un acento de sensibilidad, de tristeza y de respeto para con estos nombres. Aseguró que no abandonaba sus sentimientos ante la muerte, y que si entregaba su cabeza al pueblo, no le entregaba su corazón para profanarlo.

La ignominia de ciertas acusaciones quiso deshonrar en ella hasta los sentimientos maternales. El cínico Hebert, oído como testigo sobre lo que había sucedido en el Temple, imputó á la reina actos de depravación y disolución, tendiendo hasta corromper á su propio hijo, «con la intención—decía—de enervar el alma y cuerpo de este niño, y reinar en su nombre sobre las ruinas de su inteligencia». La piadosa madama Isabel estaba presente como testigo y cómplice de tales maldades. La indignación del auditorio se desbordó á tales palabras, no contra la acusada, sino contra el acusador. La naturaleza ultrajada se rebeló. La reina hizo un ademán de horror, embarazada por no poder responder sin mancillar sus labios. Un jurado reprodujo el testimonio de Hebert, y preguntó á la reina por qué no había respondido á tal acusación. «No he respondido—contestó con la majestad de la inocencia y con la indignación del pudor—porque hay acusaciones á las cuales la naturaleza rehúsa contestar.» Volviéndose después hácia las mujeres del auditorio, las más encarnizadas contra ella, é interpeándolas por el testimonio de sus corazones y por la igualdad de sexo, exclamó: «¡Apelo á todas las madres aquí presentes!» Un murmullo de horror contra Hebert recorrió la multitud.

La reina no respondió con ménos dignidad á las imputaciones que se le hacían de haber abusado de su ascendiente sobre la debilidad de su marido. «Tenía sobrada firmeza de carácter,—dijo;—yo era únicamente su esposa, y mi deber, como mi felicidad, me imponían la obligación de conformarme con su deseo.» No sacrificó, ni por una sola palabra, la memoria y honor del rey al cuidado de su propia justificación ó al orgullo de haber reinado bajo su nombre. Quiso llevarle al cielo su memoria honrada y vengada.

## XXI

Después de terminados estos largos debates, recapituló Hermann la acusación, y declaró que el pueblo francés entero deponía contra María Antonieta. Invocó la pena en nombre de la igualdad en los crímenes y la igualdad en los suplicios, y sentó las cuestiones de culpabilidad ante el jurado. Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducoudray conmovieron con sus defensas la posteridad, sin conmover al auditorio ni á los jueces. Por cumplir con las formas, deliberó el jurado y entró en la sala una hora después de su interrupción. Luego se llamó á la reina para que oyese su sentencia. María Antonieta la había ya deducido anticipadamente por los gritos y vociferaciones de alegría de la multitud que llenaba el palacio, y la escuchó sin pronunciar una palabra ni hacer el menor gesto. Díjole Hermann si tenía que manifestar algo contra la pena de muerte fulminada, y la reina meneó la cabeza y se levantó para marchar por sí misma al suplicio. Desdeñóse de acriminar su rigor al destino y su crueldad al pueblo. Suplicar hubiese sido reconocer; quejarse, perder su dignidad; llorar, envilecerse. Se resignó, pues, al silencio, que era su última inviolabilidad. Ferozes aplausos la acompañaron hasta lo más hondo de la escalera cuando bajó desde el tribunal á la cárcel.

Los primeros rayos del día empezaban á luchar bajo aquellas bóvedas con las antorchas con que los gendarmes iluminaban sus pasos. Eran las cuatro de la mañana. Cuatro horas iban transcurridas del último día de su vida. Dejaronla aguardando la hora del suplicio en la estancia fatal en que los condenados á muerte esperan al verdugo. Pidió al conserje tinta, papel y pluma, y escribió á su hermana la siguiente carta, encontrada despues en los papeles de Couthon, á quien Fouquier-Tinville hizo el presente de las particularidades de la muerte y de aquellas reliquias de la majestad:

«El 15 de Octubre á las cuatro y media de la mañana.

»A vos, hermana mia, es á quien escribo por la última vez. Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, porque ésta lo es sólo para los criminales, sino á ir á unirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero tener su mismo valor en los últimos momentos. Siento profundo pesar en abandonar á mis pobres hijos; no ignorais que sólo por ellos y por vos vivia; por vos, que incitada por vuestro cariño lo habeis sacrificado todo para estar junto á nosotros. ¡En qué situacion os dejo! He sabido por el relator del proceso que está mi hija separada de vos. ¡Ah, infeliz hija mia! No me atrevo á escribirle; tampoco recibiria mi carta, y aún dudo que llegue hasta vos ésta. Recibid para ellos dos mi bendicion. Espero que un dia, cuando mis hijos sean mayores, podrán reunirse y gozar en libertad de vuestros solícitos cuidados. Que piensen los dos en lo que no he dejado de inspirarles. Que su amistad y confianza mutua hagan su felicidad. Que mi hija conozca que en la edad en que se encuentra, debe ayudar constantemente á su hermano con los consejos que su superioridad de experiencia y su cariño puedan inspirarle. Que mi hijo á su vez le devuelva todos los cuidados y servicios que el amor puede ofrecer. Que conozcan ambos, finalmente, que en cualquier posicion en que puedan encontrarse, sólo les hará verdaderamente dichosos su constante union. Que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuánto ha dulcificado nuestra desgracia el amor que nos ha unido! Y en la felicidad se goza doblemente cuando se puede compartir con un amigo. ¿Dónde le encontrarán más tierno ni más afectuoso que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre, que expresamente le repito: *Que no intente jamás vengar nuestra muerte.*

»Voy á hablaros de un asunto muy penoso para mi corazon. Conozco cuánto os habrá hecho padecer mi hijo. Perdonadle, hermana querida; pensad en la edad que cuenta y en lo fácil que es hacer decir á un niño lo que se quiere y que aún no comprende. Confio en que llegará un dia en que conocerá todo el precio de vuestras bondades y toda la ternura que por los dos sentis. Réstame aún confiaros mis últimos pensamientos. Hubiese querido apuntarlos desde el principio de mi proceso; pero á más de no dejarme escribir, la marcha de éste ha sido tan rápida que no me hubiera dado tiempo para efectuarlo. Muero en la religion católica apostólica romana, religion de mis padres, religion en la que me he educado y he profesado siempre, sin aguardar ningun consuelo espiritual, ignorando si aún existen sacerdotes de esta religion, y temiendo por ellos si penetrasen hasta el calabozo. Pido sinceramente á Dios que perdone todas las faltas que he cometido durante mi existencia. Su bondad infinita acogerá mis últimas plegarias, como tambien las que ha tiempo le dirijo para que su misericordia y bondad acepten mi

alma. Pido perdon á todos los que conozco, y particularmente á vos, hermana mia, de todos los sinsabores que involuntariamente os haya podido causar. Perdono á mis enemigos el mal que me han hecho. Dirijo mi postrer adios á mis tias, hermanos y hermanas. Tenia amigos, y la idea de que los abandono para siempre, junto con los trabajos que sufren, es la que más atormenta mi agonía; que no ignoren á lo ménos que hasta mi último suspiro les he consagrado mi recuerdo. ¡Adios, mi bondadosa y amante hermana! ¡Ruego al cielo que recibais esta carta! ¡Pensad en mí! Os abrazo con toda la efusion de mi corazon, como tambien á esos pobres y queridos hijos... ¡Dios mio! ¡Cuán doloroso es abandonarlos para siempre! ¡Adios! ¡Adios!... Mi deber es ocuparme tan sólo de lo espiritual. Como estoy encadenada en mis acciones, se me destinará tal vez un sacerdote; pero ni una palabra oirá de mi labio; para mí será completamente un extraño.»

## XXII

Al terminar esta carta la besó una y mil veces, como si hubiese querido que sus hijos recibiesen por ella el calor de su labio y la humedad de sus lágrimas. La plegó, y sin cerrarla la entregó al alcaide Bault. Este la remitió á Fouquier-Tinville.

Se ha escrito que en aquellos supremos momentos le concedieron un sacerdote no



La reina en la Conserjería.—Pág. 123.